

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

73

EL GRUPO MINORISTA
DE INTELLECTUALES Y ARTISTAS
HABANEROS

POR

EMILIO ROIG DE LEUCHSENING



OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD
DE

LA HABANA

1 9 6 1

AÑO DE LA EDUCACION



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

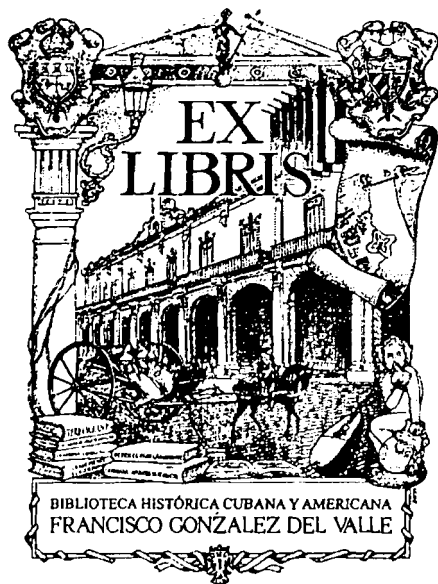
Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



**EL GRUPO MINORISTA
DE INTELLECTUALES Y ARTISTAS
HABANEROS**



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

73

EL GRUPO MINORISTA
DE INTELLECTUALES Y ARTISTAS
HABANEROS

POR

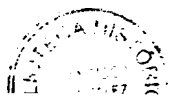
EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

Biblioteca de:
F. F. Santa Eulalia
y Josefina Carneado
No.



OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD
DE
LA HABANA
1961
AÑO DE LA EDUCACION

AGO, 1963
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



I

NACIMIENTO. IDEOLOGIA. OBRA

En artículo publicado en el número de septiembre de 1929 en la revista *Social*, afirmamos, refiriéndonos al *Grupo Minorista*:

“Admirable labor revolucionaria de depuración y renovación, tanto literaria y artística, como político-social, fué la que realizó en Cuba — y usamos en su justo sentido estos tiempos de verbos — el *Grupo Minorista*, labor que alcanzó justamente repercusiones continentales y hasta dejó sentir su influencia y su acción en España, labor no superada ni igualada antes ni después en nuestra patria por grupo literario o artístico alguno, labor que durante varios años fué ejemplo y lección para el futuro, no imitados ni seguidos desde entonces, de la actitud y la misión que a los intelectuales corresponde adoptar y desempeñar en lo que se refiere a los problemas político-sociales de su patria y de la humanidad”.

Estas palabras nuestras dieron lugar a que personalmente o por cartas, algunas procedentes no sólo de nuestra patria, sino también de México y Sur América, se nos interrogase:

— ¿Pero es que ya no existe el *Grupo Minorista*?

— ¿Qué causas motivaron su disolución o provocaron su muerte?

Porque muchas de esas preguntas nos las hacían amigos y compañeros en las letras y las artes que tenían todo nuestro afecto y toda nuestra admiración y a algunos de los cuales éramos deudores los *minoristas* de elogios tan cálidos como generosos y guardábamos también para ellos gratitud inolvidable por las nobles, levantadas y fraternales muestras de compañerismo e identificación que nos dieron cuando algunos de nuestros compañeros sufrieron persecuciones por la justicia; por to-

dos estos motivos, repetimos, nos fué imposible dejar de satisfacer el interés y la curiosidad que esos buenos amigos demostraron tener por la suerte de nuestro *Grupo*:

Pero antes de dar a conocer las causas que originaron su desaparición, creemos necesario hacer ligeras consideraciones sobre lo que el *minorismo* representó y realizó en nuestra patria durante los cinco años de existencia, porque sólo fijando claramente su ideología y determinando su obra, es que podrán explicarse los motivos que originaron su desaparición.

¿Cómo nació el *Grupo Minorista*?

Por primera vez en nuestra República los intelectuales, colectivamente, y alejados por completo de la política profesional, partidarista y utilitaria, tomaban, no reclamaban, una posición en la vida pública cubana.

Aquel gesto de protesta y aquella actitud levantisca, acto sencillo y espontáneo, realizado sin preparación alguna y sin la idea de lograr determinados propósitos, hubiera tal vez pasado como cosa sin importancia, para los que lo realizaron, si un proceso contra ellos no hubiera venido, por una parte, a hacerles ver la trascendencia que el hecho tenía; por otra, a estrechar los lazos de la amistad y el compañerismo, a unirlos e identificarlos más, y a unir e identificar con ellos a otros elementos que no habían tenido la suerte de encontrarse aquella tarde del 18 de marzo en la Academia de Ciencias, pero que de encontrarse, con ellos hubieran protestado, porque, como ellos, repudiaban también el desbarajuste y la desmoralización administrativa de aquel momento.

Ese proceso y esa persecución oficial motivaron que aquel grupo de protestantes que periódicamente se reunía entonces con propósitos tan sólo intelectuales — la publicación de una antología de poetas modernos, de Cuba — tratara de organizar una agrupación cívica — *Falange de acción cubana* — que aunque llegó a constituirse, no logró realizar obra efectiva alguna, ahogada por la rutinaria artificialidad de todas las asociaciones clásicas: reglamento, presidente, actas, campanillas, “pido la palabra...”

Pero aquellos jóvenes intelectuales continuaron reuniéndose espontáneamente, primero en tertulias nocturnas en un café de los alrededores de nuestro Parque Central, más tarde — desde

el mes de enero de 1924 — cada sábado, en almuerzos a los que asistían asimismo otras personas amigas, no propiamente del *Grupo*, y en los que se festejaba a intelectuales de otras países, o del interior de la República, que visitaban nuestra capital. Durante largo período, a las reuniones sabatinas se sumaron también las diarias reuniones nocturnas.

Tal fué el origen del *Grupo Minorista*. En su origen quedó establecida su ideología y determinada su orientación.

Fué un grupo de intelectuales jóvenes, de izquierda, que se pronunciaron desde el primer momento contra los falsos valores, los *Pachecos* y los *consagrados*, y por una radical y completa renovación, formal e ideológica, en letras y en artes, pero que sin olvidar estos propósitos, pero por encima de ellos, se interesaban por los problemas políticos y sociales de Cuba, de América y de la Humanidad y por ellos laboraban en sentido radical y progresista.

Los propósitos y las labores político-sociales tuvieron siempre preferente consagración en los componentes del *Grupo Minorista*, sobre las simples especulaciones literarias o artísticas. Eran intelectuales, pero antes que intelectuales eran hombres; intelectuales y hombres de izquierda, que consecuentes con sus ideas y sentimientos no podían sustraerse al conocimiento de los grandes y vitales problemas político-sociales de cada momento en Cuba y en el mundo, y a su participación en ellos.

Y tan fué esa doble y consecuente labor político-social y artística, revolucionaria, de renovación y depuración, lo que dió vida y caracterizó al *Grupo Minorista*, que en 1927, cuando uno de sus miembros desertó, sumándose a las filas de la reacción y poniendo su pluma al servicio de todo aquello que antes había combatido, el *Grupo* entero, dió fe de su existencia, expresando que se encontraba en completo desacuerdo con la actitud reaccionaria de aquel compañero, que por ello, había dejado de serlo. Y ante la riposta de éste de que el *Grupo Minorista* no existía, completo y unido, desmintió esa malévolá insinuación, publicando en el número de junio de 1927, de la revista *Social*, la siguiente *Declaración*, que redactó una de las más luminosas inteligencias y más nobles corazones del *Grupo* — Rubén Martínez Villena:

DECLARACIÓN DEL GRUPO MINORISTA

Con motivo de cierta afirmación lanzada por un periodista y ensayista local, el señor Lamar Schweyer, asegurando la no existencia del *Grupo Minorista*, los abajo firmantes, que se consideran componentes de dicho *Grupo*, estiman necesario aclarar, de una vez y definitivamente, el error de apreciación que, juntamente con el señor Lamar, sufren algunos equivocados.

¿Cómo nació, qué es, quiénes constituyen verdaderamente el llamado *Grupo Minorista*?

Hace algunos años, el 18 de marzo de 1923, un reducido número de intelectuales — artistas, periodistas, abogados —, reunidos incidentalmente en la Academia de Ciencias, llevaron a cabo un acto de rebeldía y censura contra el entonces Secretario de Justicia, allí presente, significando así el repudio que la opinión pública hacía de la memorable compra por el Gobierno del Convento de Santa Clara, como imposición gubernamental a la mayoría del país.

Aquel acto marcó una orientación *destructiva, apolítica*, a la juventud interesada en influir honradamente en el desarrollo de nuestra vida pública, dando una fórmula de sanción social y actividad revolucionaria a los intelectuales cubanos.

Como ese núcleo de protestantes se reunía a la sazón habitualmente para acopiar datos y libros al proyecto de publicación de una antología de poetas modernas de Cuba, tuvo así el doble vínculo de una colaboración artística y una corresponsabilidad pública y hasta penal.

Se hizo en seguida el intento de organizar y ampliar aquel conjunto, y a tal propósito tendió la formación de la llamada *Falange de Acción Cubana*. Esa manera de agrupación no plasmó en realidad efectiva, pero casi todos los componentes de aquel núcleo, ya aumentado por simpatizadores decididos, volvió a hallarse en las filas de la asociación que se denominó *Veteranos y Patriotas*, la cual preparaba un movimiento armado contra la corrupción administrativa y la incapacidad gubernamental.

¿Qué sintetizaban estos hechos? ¿A qué se debían las frecuentes reuniones no oficiales, sino espontáneas, de los mismos invariables elementos casi todos jóvenes, casi todos artis-

tas? ¿Por qué en las conversaciones del *Grupo* se hacía burla de los falsos valores, de los mercachifles patrioterros, de los incapaces encumbrados, de los genios oficiales; y se censuraba el desconocimiento de los problemas cubanos, el sometimiento de nuestro Gobierno a la exigencia extranjera, la farsa del sufragio y la ovejuna pasividad del medio?

Todo eso era indicio de que en Cuba se integraba con exacta identidad de ideales y creciente relieve, un grupo intelectual izquierdista, producto natural del medio, y órgano histórico fatalmente determinado por la función social que había de cumplir.

La circunstancia de que habitualmente algunos componentes del *Grupo* se reunieran cada sábado y luego almorzaran juntos en un lugar público, explica por qué a su mesa se sentaban *amigos* que no eran propiamente *compañeros*, y ese es el origen del error que confunde a la llamada *minoría* con una reunión accidental y heterogénea que no tiene carácter sesional ni actividad trascendente.

La *minoría*, pues, constituye un grupo sin reglamento, sin presidente, sin secretario, sin cuota mensual, en fin, sin campañilla ni tapete; pero es ésta precisamente la más viable organización de un grupo de intelectuales: en diversos sitios ha fracasado la reglamentación de grupos análogos, en los cuales le vertebración que impone la unidad substantiva de criterio es más importante y no tiene los inconvenientes que una estructura formal, externa y adjetiva.

Es fenómeno innegable, comprobado en distintos países, la renovación ideológica de *izquierdización* de los grupos de esta índole. La *minoría* sabe hoy que es un grupo de trabajadores intelectuales (literatos, pintores, músicos, escultores, etc.). El *Grupo Minorista*, denominación que le dió uno de sus componentes, puede llevar ese nombre por el corto número de miembros *efectivos* que lo integran; pero él ha sido en todo caso, un grupo *mayoritario*, en el sentido de constituir el portavoz, la tribuna y el índice de la mayoría del pueblo; con propiedad es *minoría*, solamente, en lo que a su criterio sobre arte se refiere.

En el transcurso de un año, interpretando y traduciendo la opinión pública cubana, ha protestado contra el atropello de Nicaragua, contra la política de Washington respecto a México,

contra el allanamiento del recinto universitario y el domicilio de Enrique José Varona por las fuerzas de la Policía Nacional. Y nada importa a su unidad ni a su existencia que en sus manifiestos y declaraciones lo acompañen episódica y esporádicamente nombres y firmas que no forman parte integrante de su núcleo.

Colectiva o individualmente, sus verdaderos componentes han laborado y laboran:

Por la revisión de los valores falsos y gastados.

Por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones.

Por la introducción y vulgarización en Cuba de las últimas doctrinas, teóricas y prácticas, artísticas y científicas.

Por la reforma de la enseñanza pública y contra los corrompidos sistemas de oposición a las cátedras. Por la autonomía universitaria.

Por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui.

Contra las dictaduras políticas unipersonales, en el mundo, en la América, en Cuba.

Contra los desafueros de la pseudodemocracia, contra la farsa del sufragio y por la participación efectiva del pueblo en el gobierno.

En pro del mejoramiento del agricultor, del colono y el obrero de Cuba.

Por la cordialidad y la unión latinoamericana.

La Habana, mayo 7 de 1927.

Rubén Martínez Villena, José A. Fernández de Castro, Jorge Mañach, José Z. Tallet, Juan Marinello, Enrique Serpa, Agustín Acosta, Emilio Roig de Leuchsenring, María Villar Buceta, Mariblanca Sabas Alomá, Antonio Gattorno, José Hurtado de Mendoza, Otto Bluhme, Alejo Carpentier, Orosmán Viamontes, Juan Antiga, Arturo Alfonso Roselló, Juan José Sicre, Diego Bonilla, Conrado W. Massaguer, Eduardo Abela, Luis López Méndez, Armando Maribona, Guillermo Martínez Márquez, José Manuel Acosta, A. T. Quílez, F. de Ibarzábal, L. G. Wangüemert, Juan Luis Martín, Félix Lizaso, Francisco Ichaso, Martí Casanovas, Luis A. Baralt, Felipe Pichardo Moya.

Conviene hacer resaltar que no fué un mero problema artístico o literario, lo que provocó esta reacción y compenetración; fué, por el contrario, un problema político — la defensa de las dictaduras — lo que produjo la primera deserción de las filas *minoristas*, dando lugar, a su vez, a que las filas se cerraran, codo con codo, reafirmandose todos los demás, en los ideales y propósitos políticos y sociales hasta entonces siempre por todos perseguidos.

¿Cómo realizó esa doble labor artística y político-social el *Grupo Minorista* y cuáles fueron los resultados obtenidos y que puede anotársele en su haber?

Los que todo lo reducen — aun haciendo alarde de ser hombres nuevos — a los carcomidos moldes, usados y manoseados, han acusado al *Grupo Minorista* de no haber hecho otra cosa que comer los sábados y protestar de cuando en cuando. Y dentro del propio *Grupo* no han faltado, tampoco, quienes para no confesar francamente las verdaderas causas de su alejamiento — a las que nos referiremos más adelante — incurrieran en análoga imprecisa acusación.

Sólo por ceguera o por mala fe pudieron formularse esas censuras. En el manifiesto de 1927, claramente se expresa lo que significaban los almuerzos:

La circunstancia de que habitualmente algunos compañeros del *Grupo* se reunieran cada sábado y luego almorzarán juntos en un lugar público, explica por qué a su mesa se sentaban *amigos* que no eran propiamente compañeros, y ese es el origen del error que confunde a la llamada *minoría* con una reunión accidental y heterogénea, que no tiene carácter sesional ni actividad trascendente.

La *minoría* ni organizó ciclos de conferencias, ni fundó bibliotecas o editoriales, ni publicó siquiera una revista; imprescindibles y sistemáticas formas de trabajo de toda agrupación intelectual, en todos los países y en todas las épocas.

¿Cómo trabajó, entonces, la *minoría*?

Creación natural de individuos unidos no por los artículos de un reglamento, sino por los lazos, sencillos, invisibles, pero más fuertes, de la amistad, del compañerismo y de la comunidad de pensamiento y sentimiento, de ideales y de propósitos,

careció el *Grupo Minorista* de organización estatutaria, de dirección titular, de estructura formal, externa y objetiva; y consecuente con todo ello, su labor no estuvo tampoco sujeta a los moldes clásicos usados por todas las agrupaciones artísticas y literarias, víctimas, la mayoría de las veces, de su propia reglamentación; en las que el reglamento, siempre en trámite de reforma, llena gran parte de su labor, y el resto lo ocupan las elecciones de su directiva, las discusiones por la interpretación de un artículo; en las que la inevitable revista, suele ser como esas publicaciones clericales o anticlericales que no reciben ni leen más que los ya convencidos, revista para los escogidos, que se edita y se reparte en familia y es cualquier cosa, menos órgano de difusión o propaganda; en las que la biblioteca del grupo, sin organización editorial, y por lo tanto sin medios de difusión, queda reducida a que los del grupo y sus amigos editen, con un pie de imprenta común, sus libros y folletos y cada uno los reparta por su cuenta; en las que los ciclos de conferencias se convierten en actos sociales, a los que un público heterogéneo y no interesado, acude como pudiera ir al cine o al teatro, y que terminan por convertirse en fiestas cursis con números de canto, piano, recitación, etc., etc.

Nada de esto hizo el *Grupo Minorista*. Por lo tanto, para los que creen que necesariamente esa debe ser la forma de trabajo de las agrupaciones de intelectuales, el *Grupo Minorista* no hizo nada, porque para éstos, cuanto vamos a indicar ahora no tiene valor ni significación alguna.

Por lo pronto, el *minorismo* dió en Cuba, por primera vez, el ejemplo de un grupo de artistas y escritores, no sólo de *atelier* o gabinete, sino interesados, como hombres, en los problemas políticos y sociales de su patria, de América y de la humanidad, con conciencia de la responsabilidad enorme que el intelectual — por ser intelectual — tiene para con sus semejantes y el deber en que está de poner cultura y talento al servicio de su país y de la humanidad, principalmente en los períodos de crisis políticas o sociales.

Los versos — dijo Martí — no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo.

Y

las palabras

— afirmó también nuestro Apóstol —

están de más cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden.

El *minorismo* actuó de una manera decidida y franca, como grupo de izquierda, aunque sin afiliaciones determinadas y exclusivistas, en cuanto problema político o social de trascendencia ocurrió en Cuba, de 1923 a 1928, y por ello sufrió persecuciones, y por ello algunos de sus miembros conocieron lo que es vivir entre muros y rejas o burlando la vigilancia policíaca.

El *minorismo* fué en alguna de esas ocasiones, como el citado manifiesto expresa,

un grupo *mayoritario*, en el sentido de constituir el portavoz, la tribuna y el índice de la mayoría del pueblo.

Cuando todos callaban o se sometían, levantó, por todos, su voz de protesta, e interpretó y tradujo la opinión pública cubana, ya en problemas internos, ya en problemas internacionales que a Cuba afectaban. Junto a los *veteranos* y *patriotas* combatieron muchos de sus miembros la corrupción administrativa de entonces; contra la reforma constitucional y prórroga de poderes, contra el allanamiento del recinto universitario y el domicilio de Enrique José Varona por las fuerzas policíacas; contra el intervencionismo del Delegado de Cuba en la VI Conferencia Panamericana, Dr. Ferrara... en todos esos problemas, colectiva o individualmente, laboraron los *minoristas*, ya realizando estudios sobre los mismos, ya combatiendo lo que de pernicioso tenían para el país, ya lanzando manifiestos colectivos de protesta.

El *minorismo* enseñó también a los cubanos a mirar hacia el mundo y a interesarse por problemas que si no afectan directamente e inmediatamente a Cuba, ningún pueblo moderno celoso de su porvenir puede volverle las espaldas. Y del mundo

miró, en primer lugar, a América, a “nuestra América” de Martí. Y por los problemas de esos países hermanos, se interesó, no curiosa o románticamente, sino entrándose en ellos y considerándolos como propios. Con los pueblos de Nicaragua, México y Perú estuvieron efectivamente, en espíritu y en acción los *minoristas* cuando aquellos países hermanos padecieron crisis agudas internacionales e internas. Y al lado de los patriotas puertorriqueños se pusieron cuando éstos demandaron el auxilio cubano en sus propósitos libertarios.

Y no por snobismo ni sectarismo sino por interés de hombres y de intelectuales, siguió el *minorismo* vigilantemente los movimientos político-sociales que en Rusia y en China se desenvolvían, por considerarlos pletóricos de ejemplos y enseñanzas utilizables.

El *minorismo* estableció una comunicación real y positiva con los intelectuales de izquierda, con los *nuevos* del Continente, comunicación de libros, revistas y correspondencia, comunicación de cambio de ideas y de contacto de codos, comunicación de estudio recíproco de problemas nuestros y de sus respectivos países. Y puso además, en contacto por el contacto suyo, a los intelectuales nuevos de los demás países latinoamericanos, unos con otros. Por primera vez en Cuba se realizaba lo que había sido el clamor de otras épocas: que los intelectuales de nuestros países latinoamericanos se conocieran, estableciendo un intercambio efectivo, no sólo intelectual, sino político y social, también.

Y ese intercambio, alcanzó, asimismo, a la otra América, a la sajona. Con las figuras más representativas de las izquierdas — antimperialistas y anticapitalistas — yanquis, el *minorismo* estuvo siempre en comunicación e identificación, altamente beneficiosas para nuestra patria y para nuestras patrias hermanas, pues se tradujo en el cabal conocimiento de nuestros problemas y nuestros hombres, por parte de esa otra América, que aunque *minoría* influye y pesa en la mayoría del pueblo de los Estados Unidos y contribuye a formar opinión y llega a producir reacciones en el propio Gobierno.

Ese intercambio llegó también a España, a la España *nueva*, a cuyas manos ha de pasar — para que signifique progreso, adelanto, mejoramiento — el futuro de aquel pueblo. Y se

estableció entre esos intelectuales y artistas y los *minoristas*, verdadera hermandad hispanoamericana, no la oficiosa de fiestas de la raza, ni de *madre e hija*, sino la franca y sincera identificación basada en idéntica "hambre y sed de justicia", que dijera Fernando de los Ríos en memorable conferencia sobre Martí; fundada, como Luis Araquistain expresó en el prólogo de *La Agonía Antillana*,

en la crítica mutua de lo peor de nuestras nacionalidades y en ideales comunes de libertad y dignidad para nuestras respectivas patrias.

Y así se realizó, y así nos prestamos, ellos y nosotros, mutua ayuda en momentos difíciles: cuando los de allá y los de aquí sufrieron persecuciones y prisiones. En ambos casos, del otro lado surgió espontánea la defensa y brotó cálido el testimonio de compañerismo e identificación.

Como de igual manera, se manifestaron fraternalmente en pro de los *minoristas* los intelectuales nuevos de México y Sur América cuando varios de aquéllos fueron encarcelados en un proceso político, y como, a su vez, se pronunciaron los *minoristas* en demanda de libertad y justicia para varios escritores, artistas y estudiantes peruanos, análogamente perseguidos en su patria.

En lo que especialmente al orden artístico y literario se refiere, no es posible dejar de concederle al *minorismo* el haber realizado — individual y colectivamente — en nuestra patria, obra fecunda y efectiva de revisión de valores, poniendo en la picota pública y desenmascarando los falsos y gastados, del momento, y revisando también los valores del pasado para aquilatarlos debidamente y aquilatar la obra de cada uno; destruyendo los pedestales de barro sobre los que muchos de ellos se levantaban como ídolos; sacando del olvido a figuras de positivo, aunque no reconocido mérito y trascendente aunque ignorada o no apreciada obra y actuación en nuestra patria; haciendo justicia, por último, a nuestros realmente grandes e indiscutibles valores en las letras y las artes o en el desenvolvimiento de nuestra cultura o en el campo político, ya dentro de la Colonia, ya durante la lucha emancipadora, ya contemporáneamente, en la República.

No podemos dejar de citar en este sentido la antología *La poesía moderna en Cuba*, ordenada y publicada en 1926 por Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, *minoristas* los dos, y en la que colaboraron casi todos los demás compañeros del *Grupo*, obra en la que, al mismo tiempo de ofrecer una acertada visión del moderno movimiento poético cubano — de 1882 a 1925 — se realiza fecunda labor de revisión de valores.

Debemos también mencionar la participación decidida que el *Grupo* tuvo en el proyecto concebido por varios *minoristas* y otros amigos, de erigirle en nuestra capital, sendos monumentos a Enrique José Varona y Manuel Sanguily, vivos los dos entonces, tributándoles así, homenaje de admiración y devoción por lo que ambos habían significado en Cuba y representaban en aquel momento, tanto en el orden intelectual, como en el orden patriótico.

Al *Grupo* pertenecieron, desde sus comienzos, casi todos los más valiosos de los escritores y artistas nuevos de aquel momento, que trajeron sus inquietudes; su anhelo de curiosidad, siempre insatisfecha y siempre creciente, anhelo por conocer, sentir y comprender cuanto ofrecía entonces el mundo moderno en sus múltiples y complicadas facetas; sus rebeldías contra todo sometimiento a moldes y maneras preestablecidas; su repudiación de todo aristocratismo aislador, y sus simpatías, no por falso sentimentalismo, sino por franca y comprensiva identificación, con la multitud; su sinceridad; su criticismo.

El *Grupo* sirvió para poner en contacto y para unir a estos artistas y escritores *nuevos*, y para que mutuamente se infundieran entusiasmo renovador, de tal manera, que puede afirmarse que en el *Grupo* se incubó y el *Grupo* propulsó, entre nosotros, lo que después dió en llamarse *vanguardismo*, izquierdismo intelectual. Y tan es así, que así lo reconoce el agudo espíritu crítico de Félix Lizaso, en estudio publicado en 1927 en las páginas de *La Gaceta Literaria*, de Madrid, con el título de *El momento*: la vanguardia, al afirmar que el empeño realizado con la publicación de la Antología, ya mencionada,

fué una convergencia de gente nueva, ansiosa de acción renovadora. Nos pusimos allí de acuerdo en muchas cosas y se definieron futuras orientaciones. Se palpó que había

un espíritu diferente al que públicamente se manifestaba y que ese espíritu convergía en ideales comunes. Ya esto puede explicar todo lo demás, porque no se necesita sino tener conciencia del momento y del propio impulso para afirmarse como fuerza. Este espíritu diferente se bautizó después con el nombre de *Grupo Minorista*, y tuvo una importancia reconocida como actitud ideológica. Daba fe de una existencia cierta y mantenía el núcleo. Además, servía de antena para recoger los nuevos mensajes y de avanzada y guía para los nuevos mensajeros.

¿Cómo realizó el *Grupo Minorista* toda esa amplísima y fecunda labor revolucionaria, de renovación y depuración político-social, literaria y artística, que en síntesis acabo de expresar?

¿Qué repercusión tuvo y cómo fué acogida e interpretada su obra en los países hermanos de la América Latina, y de España?

¿Cuáles fueron los motivos de la disolución y muerte del *minorismo*?

De todo ello trataré en el próximo capítulo.

Biblioteca de
F. F. Santa Eulalia
y Josefina Carneado
No.

17 AGO. 1963

IPD
SIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

II

SU ACTUACION. ACOGIDA Y REPERCUSION QUE TUVO SU OBRA EN CUBA Y EN EL EXTRANJERO. CAUSAS DE SU DISOLUCION.

Nos preguntábamos al final del capítulo I, cómo había podido el *Grupo Minorista* llevar a cabo su amplísima y fecunda obra revolucionaria de renovación y depuración político-social, literaria y artística, no contando, como no contó en sus cinco años de existencia, para realizar toda esa labor, ni con una revista, órgano del *Grupo*; ni con ciclos de conferencias; ni con una biblioteca o editorial; ni siquiera con una organización social formal y estatutaria, de esas cuyos estatutos, reglamento, acuerdos y elecciones deben ajustarse a la ley y ser aprobados por las autoridades; ni con una directiva o comité ejecutivo que organizara y encauzara sus trabajos, ostentando, además, su representación legal en actos públicos, principalmente en la visita que el día de Año Nuevo y en las fiestas patrióticas era imprescindible hacer al “Honorable señor Presidente de la República”, a la hora y en el turno prefijado a las *sociedades culturales*, según la costumbre, después del señor Obispo y clero diocesano y antes de las sociedades elegantes, deportivas y regionales.

Pues, ciertamente, sin necesidad de poseer una publicación cerrada y exclusivista que le sirviera de órgano, sin organizar nunca ciclos de conferencias, sin prohiar biblioteca alguna, sin tener organización formal de reglamento, presidente y campanilla, sin dar veladas, ni lecturas, ni siquiera fiestas benéficas . . . sin necesidad, repetimos, de encauzar su labor por esos clásicos derroteros ni amoldarla a esas rutinarias formalidades externas, el *Grupo Minorista* pudo hacer cuanto sintéticamente

expusimos en el capítulo anterior, gracias a los siguientes factores:

1º. — Viviendo siempre, día tras día, todos y cada uno de sus miembros, en *minorista*, es decir, con una completa y absoluta dedicación a los ideales, a las labores y a las campañas que el *Grupo* perseguía o realizaba.

2º. — Existiendo entre todos sus componentes una estrecha y perfecta identificación y cooperación.

3º. — Posponiendo cada uno su propia personalidad, ante la personalidad del *Grupo*, desdeñando cualquier triunfo o vanagloria individual, por el triunfo o la gloria del *Grupo*, de tal manera que si a alguno se le ocurría determinada iniciativa o campaña, no era él el que, egoístamente, reservándose para sí el éxito feliz o el triunfo, la acometía, sino que era el *Grupo* el que la llevaba a cabo, lo cual dió siempre una fuerza centuplicada a todos los trabajos que los *minoristas* realizaron.

4º. — La carencia de reglamento y la ausencia de directiva, evitó disociadoras rencillas y ambiciones personales; ahorró la pérdida de tiempo en luchas e intrigas electorales y en disquisiciones reglamentarias; y dió al *Grupo* elasticidad y espontaneidad tales, que éste podía renovarse, dominando siempre la mayoría y autoirradiándose sin mayores trastornos los que en minoría estuvieran con la idiosincrasia del *Grupo*, y disolviéndose, naturalmente, cuando faltara esa mayoría mantenedora de los ideales político-sociales, artísticos y literarios que al *Grupo* caracterizaron. Así ocurrió en la práctica. No todos los fundadores estuvieron con el *Grupo*, en los cinco años, hasta sus días postreros; al *Grupo* vinieron nuevos elementos que en él arraigaron, y otros en cambio, que pronto se dieron cuenta que estaban *deplacé*. El alejamiento voluntario de alguno o de varios, en seguida encontraba explicación: era una deserción por motivos ideológicos, rumbo distinto que se tomaba en la vida. Desde luego, que no faltaron quienes, en vano, trataran de justificar su conducta con fútiles y ridículas excusas o con censuras y ataques al propio *Grupo*.

5º. — Como casi todos los del *Grupo* eran periodistas, y en diarios y revistas ocupaban muchos de ellos puestos de importancia, en primera fila, y hasta tenían algunos en sus manos

el control y la dirección de importantes publicaciones, ¿para qué iban a necesitar una revista de coto cerrado, disponiendo, como disponían, de *todos* los grandes diarios y revistas habaneros, con esa infinitamente y más eficaz circulación y difusión en sus labores y campañas?

Al mismo tiempo, con las amplias relaciones que en América y España estableció el *Grupo* con grupos o personalidades animados de análogos propósitos e ideales, en cada uno de aquéllos o éstos tuvo el *minorismo* propagandistas y cooperadores, como ellos, a su vez, encontraron también en los *minoristas* cubanos.

Si, como acabamos de decir, es verdad que el *Grupo* no tuvo órgano periodístico especial, y contó para realizar su obra con todos los grandes diarios y revistas habaneros, es no menos cierto que a disposición del *Grupo* estuvieron, más amplia y cordialmente abiertas que otras algunas, las páginas de *Social*. Permítaseme confesar el orgullo personal que en ello tuve como director literario de esta revista, y conmigo sus directores, general y artístico, nuestros compañeros Massaguer y Quílez. Y, por lo que tienen de autoridades, de halagüeñas y de honrosas, se me va a permitir también que deje constancia del reconocimiento público que varios estimadísimos compañeros *minoristas* hicieron de lo que para el *Grupo* representó esta revista.

En un trabajo titulado "*Social*", la revista órgano de la joven intelectualidad cubana, que apareció en *El libro de Cuba*, en 1925, dijo así Juan Marinello Vidaurreta:

Sin que nos posea el más leve temor de pecar de hiperbólicos, nos atrevemos a afirmar que es *Social* la revista de más alta significación literaria, y artística que jamás haya tenido nuestro país... Sin caer jamás en lastimosas claudicaciones — que a otros periódicos ilustrados ha impuesto entre nosotros una realidad durísima — sin dejarse llevar por el ruego comprometedor del amigo que aspira a colaborador y del poderoso que ansía la notoriedad, han mantenido Massaguer y Roig de Leuchsenring, una seriedad en nada opuesta a sus juveniles espíritus, que ha sido la más firme base de esa alta significación y prestigio... En esta obra de *medularización* ha hecho su director literario R. de L. una obra verdaderamente notable, actuando

con raro acierto... Paralelamente a su obra de cultura, ha venido realizando esta publicación una labor patriótica de no escasa trascendencia. Ninguna circunstancia nacional ha dejado de ser consignada con serenidad y desinterés; ningún juicio propio de nuestra incipiente democracia ha dejado de ser puesto a luz para provocar la enmienda salvadora; ningún valor cubano ha dejado de ser exaltado justicieramente; a ningún triunfo patrio ha faltado el regocijo y el aplauso de *Social*. Consecuente con esta labor de sereno patriotismo ha dado especial atención *Social* al estudio de nuestros problemas internacionales, tan numerosos y delicados, y a los estudios de investigación en el campo feraz y casi inexplorado de nuestra historia... Junto a ella, se agrupa hoy, haciéndola portavoz de nuevos y simpáticos anhelos, lo más valioso y representativo de nuestra joven intelectualidad. La generación nueva, curada en gran parte del vicio de la improvisación, que tan enormes males produjo en la precedente, y poseída del ardiente deseo de producir una obra sincera y fuerte, ha comenzado a dejar en sus páginas, muestras gallardas de su preparación y de su talento.

Al año siguiente, y al cumplir dicha revista sus diez años de existencia, dijo de ella en una de sus *Glosas de El País*, Jorge Mañach:

... ¡qué generoso fondo de seriedad hay en las páginas de *Social* y qué seria está siendo su influencia entre nosotros! Aquí lo de *institución espiritual*. Las inquietudes más representativas de Cuba y de nuestra América, el más noble pensar, la emoción más fina, los gustos más depurados han hallado en esta revista propicio regazo. Más que regazo: algo así como un torno de beneficencia que las volviera hacia el cuidado de todo un continente. *Social*, como *Cuba Contemporánea*, otra revista que nos honra, es más leída fuera de Cuba que en nuestra ínsula distraída. Pero por eso mismo está ejerciendo una gran influencia, influencia de selección y de vinculación. Si fuese más popular de lo que es, ello significaría que *Social* había hecho concesiones, que había transigido con los gustos y criterios mayoritarios del ambiente; y quien transige nunca puede influir. Afortunadamente, E. R. de L. ha sabido hacer de *Social* una revista de minoría. Felicitémoslos a él y a cuantos han colaborado con él en esa empresa que nos prestigia.

Al otro año, y en la *Gaceta Literaria*, de Madrid, Félix Lizaso, en una de sus *Postales de Cuba*, al tratar de la participación que al *Grupo Minorista* correspondía en el movimiento de renovación literaria y artística cubano, expresó:

En las páginas de la revista *Social* — penetrada del espíritu innovador — iba apareciendo cuanto produjo la actividad del *Grupo*. Organó de los minoristas, *Social* ha sabido recoger las notas recientes del arte nuevo... La habilidad de E. R. de L., su director literario... , ha consistido en poner en circulación ideas peligrosas y nuevas, precisamente desde una revista de verdaderos atractivos, destinada a la curiosidad mundana de las familias. Quizá por esto mismo su acción sea de una eficacia mayor.

Por mi parte, al cumplir en 1926 esa revista sus primeros diez años de vida, y hacer la historia de los triunfos y éxitos felices alcanzados, expresé:

al *Grupo Minorista* debe *Social* su auge y esplendor literario y artístico, lo que hoy significa y lo que hoy vale. Sin los *minoristas* mi labor también hubiera sido incompleta y defectuosa... *Social*, por mi pluma y en nombre de sus directores, tributa especial reconocimiento de gratitud al *Grupo Minorista*, y proclama orgullosa su identificación espiritual con el *minorismo*.

En los primeros años de vida del *Grupo*, contó éste, también, de manera especial, con una revista por varios de sus miembros dirigida, *Venezuela Libre*, que fué vocero de rebeldías libertarias, de vida, breve pero intensa, y que, al reorganizarse y ampliarse en 1927, llevó el nombre de *América Libre*, y continuó realizando valientes campañas político-sociales, y convertida, como dice Araquistain, en "látigo de tiranos y del imperialismo capitalista".

En 1927 vieron también la luz tres publicaciones, fundadas y dirigidas por *minoristas*, que en determinados sectores prestaron cooperación valiosísima a la labor que el *Grupo* venía realizando desde 1923. Dos de esas publicaciones tuvieron un carácter más especializado, literario y artístico, de renovación e innovación, desde luego, de vanguardia: la revista de avance 1927, después 1929, que entonces dirigieron tres compañeros:

Jorge Mañach, Juan Marinello y Francisco Ichaso, a los que se sumó Félix Lizaso; y el *Suplemento literario del "Diario de la Marina"*, al que José Antonio Fernández de Castro convirtió en página de información y exposición francamente vanguardista, tanto en el material como en la presentación tipográfica, con gran escándalo de los viejos suscriptores del entonces decano de la prensa cubana, que creían ver al diablo metido dentro de su propia iglesia. Ambas publicaciones supieron recoger y propulsar la obra de renovación literaria y artística que desde 1923 venía realizándose en Cuba por el *Grupo Minorista*. La tercera publicación que en 1927 vió la luz, y por causas ajenas a la voluntad de sus directores en receso poco después, fué la revista *Atuei*, en cuyo cuerpo de redacción figuraban algunos *minoristas*, que tuvo marcado carácter político-social con inclinaciones a determinadas tendencias.

No puedo, por último, dejar de mencionar la cooperación valiosísima, amplia e ininterrumpida que al *Grupo* prestó la revista semanal *Carteles*.

6º. — Actuando siempre, como expuse, en *minoristas* todos y cada uno de los miembros del *Grupo*, éste no necesitó, tampoco, de tribuna especial; hubiera sido, tal vez, *más bonito*: en las crónicas sociales y en las notas dadas por alguno del propio *Grupo*, quedaría hoy el *record* de esas "brillantes fiestas culturales" y del "selecto y escogido auditorio que a ellas asistía"; no tuvo, ciertamente, el *Grupo*, su tribuna, porque utilizó *todas* las tribunas, desde las de los más modestos centros obreros hasta las de las más *letradas* corporaciones. Y lo que son en realidad esos ciclos de conferencias que tanto entusiasman a los que sólo pueden viajar por raíles, lo expuse con abundancia de detalles en trabajo publicado en las páginas de *Social*, en el que contestaba negativamente a esta pregunta formulada en el título: *¿Pueden considerarse entre nosotros las conferencias como actos culturales?* Ya José Antonio González Lanuza calificó esos ciclos de conferencias de "rumbas cursis-literarias". Y después, en artículo que apareció en *Social*, Gregorio Marañón, discurría sobre *La esterilidad de las conferencias*.

7º. — En cuanto a la carencia de biblioteca especial del *Grupo* o el no haber prohijado nunca la publicación de obras, es simple problema de *pie de imprenta*, y hubiera podido, fácil-

mente ponerse el pie de imprenta común: "Publicaciones del *Grupo Minorista*", a las obras nutridas y valiosas por más de un concepto, que sus miembros publicaron en los cinco años que el *Grupo* existió. A eso quedan reducidas la mayor parte de estas *bibliotecas*. Otra cosa es la empresa grande, con amplios medios económicos, red perfecta de agencias en numerosas naciones y segura difusión, por tanto, la verdadera casa editorial, como fueron, por ejemplo, *La Cultura Argentina*, de Buenos Aires, o la *Editorial América*, que en Madrid dirigió Blanco Fombona. Lo otro, repito, es cuestión de pie de imprenta, aunque debemos recordar que en determinados casos pueden prestar útiles servicios culturales.

8º. — Como no existían días especiales de sesiones o juntas del *Grupo*, sino que la casi totalidad de sus miembros se encontraban y reunían diariamente y con frecuencia más de una vez cada día, esa constante comunicación facilitaba extraordinariamente el intercambio de ideas, de noticias y le daba mayor unidad de acción y eficacia extraordinaria a la labor que el *Grupo* realizaba siempre con la cooperación de todos sus miembros.

9º. — Las amplias relaciones que el *Grupo* llegó a establecer con los más representativos intelectuales de Hispanoamérica, España y Estados Unidos, principalmente entre los elementos afines en ideología político-social y artística, facilitó al *Grupo* la labor de estrechar aún más, con los lazos del conocimiento y la amistad personal, esas relaciones establecidas y mantenidas a distancia, con aquellos de esos intelectuales que visitaban nuestra patria. Y durante su estancia en La Habana, no era sólo en los almuerzos sabáticos en el único momento en que con ellos nos reuníamos, sino que, cual si fueran viejos amigos que después de larga ausencia se encontraban, pudimos gozar de la compañía de esos maestros y camaradas, de tal modo que entre la mayor parte de ellos y nosotros se establecieron vínculos fraternos de amistad que hicieron aún más fuerte la identificación espiritual ya existente, vínculos que después siguieron manteniéndose al regresar ellos a sus patrias respectivas, o a los sitios de su habitual residencia, y prestos siempre sin necesidad de previo requerimiento, ellos y nosotros, a la mutua ayuda y defensa, lo mismo en los problemas y dificul-

tades ideológicas que en los contratiempos de orden personal.

Con elementos afines cubanos, tanto de La Habana como del resto de la República, también estableció el *Grupo* frecuente intercambio y fructíferas relaciones: con el *grupo* veterano habanero de *Cuba Contemporánea*; con los *grupos* nuevos de Manzanillo, Cienfuegos, Santiago, Matanzas, Camagüey.

Tarea ímproba sería el hablar aquí de cada uno de esos maestros o camaradas hispanoamericanos, españoles, norteamericanos, europeos, o cubanos, con los que mantuvo el *minorismo* relaciones intelectuales e ideológicas. Aun a trueque de incurrir en muy lamentables olvidos, voy tan sólo a dejar los nombres de aquellos amigos y compañeros que con los *minoristas* establecieron relaciones a más de ideológicas, personales, reuniéndose con nosotros, como amigos, en esta capital, ya por vivir en ella, ya por haber sido huéspedes de la misma, sentándose a nuestra mesa, y compartiendo con nosotros el pan y la sal de la amistad cordial y sincera.

De entre los cubanos, vienen ahora a mi memoria los nombres de José María Chacón y Calvo, Mariano Brull, Julio Antonio Mella, Fernando Ortiz, Alfonso Hernández Catá, Alberto Insúa, Antonio L. Valverde, Nemesio Ledo, Israel Castellanos, Arturo Montori, José de la Luz León, Carlos Loveira, Emeterio S. Santovenia, Enrique Gay-Calbó, René Reyna, Emilia Bernal, Orlando Ferrer, Francisco G. del Valle, Francisco G. de Cisneros, Fernando Lles, José Antonio Ramos, Pedro López Dorticós, Luis Felipe Rodríguez, Gustavo Robreño, Benigno Souza, Francisco de Arce, Enrique Roig, Ruy de Lugo Viña, Ramiro Guerra, Cosme de la Torriente, Mariano Aramburo, Gustavo Gutiérrez, Antonio S. de Bustamante y Montoro, Emilio Gaspar Rodríguez, Julio Villoldo, Mario Guiral, Ricardo Sarabasa, Graziella Garbalosa, O. Seiglie, F. Masiques, A. Núñez Olano, Enrique Delahoz, Regino Pedroso, Pita Rodríguez, Ramón Guirao, Miguel A. de la Torre, Rafael Esténger, Rafael Menocal, Manuel Sanguily y Arizti; Miguel Galliano Cancio, Virgilio Ferrer Gutiérrez... sin que olvide a Carlos Montenegro, al que el *Grupo* descubrió y al que, como escritor y como hombre, en su dolorosa situación, hizo justicia. Escritores, abogados, médicos, historiadores, internacionalistas, científicos; Leopoldo Románach, Jaime Valls, Rafael Blanco, César

Guerra, Enrique García Cabrera, Hernández Cárdenas, Julito Girona, pintores y dibujantes; el gran maestro cubano de ajedrez, José R. Capablanca; los músicos Amadeo Roldán, Harry Ross, Emilio Medrano, Alejandro García Caturla, Dulce María Serret, Eusebio Delfín, Lydia Rivera, Angel Reyes.

La lista de nuestros amigos hispanoamericanos que en La Habana moraban o la visitaron en épocas distintas, es nutrida en cantidad y valiosísima en calidad:

Alfonso Reyes, Juan de Dios Bojórquez, Edwin Elmore, José Vasconcelos, José Manuel Puig y Casauranc, Aura Rostand, Magda Portal, Serafin Delmar, Jorge J. Crespo de la Serna, Otilio González, Luis Rosado Vega, Armando Donoso, María Monvel, Rosario Sansores, Eduardo Ávilés Ramírez, Hernán Rosales, Guillermo Jiménez, Máximo Soto Hall, Daniel Cossío Villegas, José de J. Núñez y Domínguez, Ortega, Tristán Maroff, Rodolfo Reyes, Rafael Heliodoro Valle, M. Armendáriz del Castillo, Salvador de la Plaza, Luis Cardoza Aragón, Gustavo Machado, Francisco A. de Icaza, Pedro Henríquez Ureña, Enrique Uhthoff, Andrés Eloy Blanco, Oliverio Gironde, Antonio Caso, Agustín Lorca y Chávez, Pérez Alfonso, José Chirino, Efrén Rebolledo, José Ingenieros, Froylán C. Manjarrez, Camilo Carrancá y Trujillo, Gonzalo Zaldumbide, Jacobo Dalevuelta, Vicente Lombardo y Toledano, Aquiles Elorduy, Víctor Zevallos, Tulio Cesteros, Marte R. Gómez, Lezcano Tegui, Víctor Andrés Belahunde, Castro Leal, Jorge A. Mitre, Lindulfo Collor, Gustavo Guerrero, Miguel Angel Asturias, Jaime Torres Bodet, Xavier Icaza, Santiago Argüello, Salomón de la Selva, Esperanza Velázquez Bringas, Arturo León Cisneros, Manuel Bianchi, Natalia Bolana, Jorge Góngora, Jorge Cuesta, Ignacio Millán . . . escritores casi todos, diplomáticos algunos; las recitadoras Berta Singermann, Adela Formoso y Emma Piñeyro; los músicos Miguel Lerdo de Tejada, Tata Nacho, Julián Carrillo, Ernesto Mangas; los pintores y dibujantes Diego Rivera, Miguel Covarrubias, Emilio Amero, Alberto Garduño.

De España, recibimos la visita y estrechamos amistad, con Ramón del Valle Inclán, Luis Araquistain, Fernando de los Ríos, Bartolomé Soler, Federico García Sanchís, Luis Jiménez de Asúa, Carmen de Burgos, Emilio Morales de Acevedo, Xa-

vier Bóveda, Gregorio Marañón, M. Isidro Méndez, Gabriel García Maroto, Antonio Fabra Ribas, Corpus Bargas, Pedro de Répide, Américo Castro; y con otros dos jóvenes intelectuales, brillantes periodistas, residentes en Cuba: Rafael Suárez Solís y Manuel Aznar; con los músicos Pedro San Juan y Serra de Roxlo; y con los artistas Sánchez Felipe, Francisco Miguel, Ramón Mateu, Jesús Carredoyra, Zuloaga, Joaquín Vaquero. De Cataluña, con los escritores Ventura Gassol y J. Conangla Fontanilles.

No fueron muchos, y tampoco podían ser muchos más los escritores norteamericanos visitantes de La Habana que confraternizaron con el *Grupo*, pero ellos solos valen por varios centenares: Karl K. Kitchen, Joseph Hergesheimer, H. L. Mencken, Basil Woon, Bruce Bliven, William English Walling, Lewis S. Gannet, sin que olvidemos al pintor Irving Manoir y a la gentil artista Rosa Rolando.

Por último, de los intelectuales europeos, recuerdo haber estrechado relaciones de amistad con: Paul Morand, Wm. Fitzgerald, Luis Bohn, Lady Drummond Hay, Adolphe Falgairrolles, Robert Desnos, Jérôme Thaurand, Jean Louis Vaudoyer, Irene de Vasconcelos, León Rollin; el escultor Alexander Sambugnac, que modeló los bustos de Varona y Sanguily, y Titta Ruffo, el gran cantante, el primer huésped de honor que tuvimos en nuestros almuerzos *sabáticos*.

Sólo contamos con un amigo oriental, el pintor japonés Hama, que vivió en La Habana durante algún tiempo.

Consecuente con su ideología político-social fué muy parco el *Grupo Minorista* en establecer relaciones con hombres públicos o con políticos profesionales, tan parco, que a mi memoria, sin temor de equivocación en este caso, sólo vienen cuatro nombres de personalidades políticas que con el *Grupo* confraternizaran y a las que el *Grupo* diera franco, expresivo y sincero testimonio de consideración y de aprecio a sus personas y como hombres públicos: Miguel Mariano Gómez, joven político cubano, que en reñidas elecciones municipales fué llevado a la Alcaldía de La Habana, contra fuertes imposiciones gubernamentales, por el voto, cívica y conscientemente expresado, de los electores habaneros pertenecientes a todas las clases sociales, y que después, en el desempeño de su cargo, supo no

defraudar las esperanzas que en él se habían puesto; Pedro Albizu Campos, jefe del Partido Nacionalista de Puerto Rico que siempre luchó por la independencia de la Isla hermana, y que encontró en el *Grupo* eficaz cooperación para el desenvolvimiento, en Cuba, de tan noble y patriótico empeño que fué también, juntamente con la independencia de nuestra patria, el propósito de Martí al fundar en 1892 el Partido Revolucionario Cubano, y que desde hace años sufre prisión por la canallesca actuación del imperialismo yanqui; Francisco Maciá, jefe, a su vez, de la independencia de Cataluña, al que tampoco podíamos negar, recordando lo que por nuestra libertad hicieron catalanes ilustres, nuestras simpatías con los ideales que tenazmente persiguen desde hace años, ni nuestra gratitud, además, por haber llevado a su bandera revolucionaria, el triángulo y la estrella de nuestra enseña mambisa, y porque veíamos, por último, en el caso catalán, frente al Estado español, una reproducción del caso cubano; el camarada Petrovsky, representante del Gobierno de la U. R. S. S. en México, que en viaje hacia su país hizo breve escala en La Habana, hombre culto y de vivaz inteligencia, con el que era lógico que, hombres de izquierda, los *minoristas* cambiaran impresiones sobre el gran proceso de transformación político-social realizado en Rusia, y sobre el cual sentía el *Grupo*, por lo menos, el acucioso interés que los hombres nuevos tienen que sentir por esos grandes movimientos sociales de renovación progresista, buscando en ellos experimentos y enseñanzas aprovechables.

10°. — Hemos dejado expresamente para lo último en esta enumeración de factores con que contó el *Grupo Minorista* para poder realizar, en la forma *sui generis* que la realizó, su amplísima y fecunda obra de renovación y depuración político-social, literaria y artística, en nuestra patria, con la dirección espiritual, con el sano y experimentado consejo, con la cálida y paternal voz de aprobación y de aliento que buscaron y encontraron todos sus miembros, en todo momento, en dos preclaros compatriotas y maestros: Manuel Sanguily y Enrique José Varona. Desaparecido desgraciadamente el primero al año de haberse constituido el *Grupo*, no pudimos, en lo más intenso de nuestra labor, contarle como guía y consejero, aunque el recuerdo de su vida y de su obra nos siguió acompañando en

todo momento. Varona, ya octogenario, pero joven y viril, afortunadamente, representó para los *minoristas*, como Sanguily, según certera frase de Araquistain, "el pasado más limpio de Cuba, su presente más enérgico, su porvenir más esperanzado". En su amor a la libertad, en su devoción a la justicia, en su inquietud perenne por la patria, en su rebeldía por cuanto signifique atropello, despotismo y retroceso, encontramos los *minoristas*, ejemplo que imitar, enseñanzas que seguir, normas orientadoras, y el entusiástico y consolador ¡adelante! que nos animó y nos confortó siempre en nuestras labores y nuestros empeños, sirviéndonos, además, de norte y estrella.

Expuesto ya, como creo haberlo hecho, de qué modo realizó durante los cinco años de existencia el *Grupo Minorista*, la obra, amplia y fecunda, de renovación y depuración político-social, literaria y artística en nuestra patria, vamos a examinar ahora qué repercusión tuvo y cómo fué acogida e interpretada esa labor en nuestra América y en España.

Y para ello, nada mejor que traer a estas páginas la síntesis de lo que sobre el *Grupo* pensaron y escribieron algunas de las más preclaras y representativas figuras intelectuales hispano-americanas y españolas.

El poeta y periodista mexicano J. de J. Núñez y Domínguez, en un artículo consagrado al *Grupo*, publicado en 1925 en *Revista de Revistas*, de la capital azteca, hizo un estudio de conjunto de lo que el *Grupo* representaba en el nuevo movimiento literario de Cuba, donde, dice,

la sombra de Martí, el poeta de los *Versos Sencillos*, se extiende como una bendición y una esperanza,

y pide a los intelectuales mexicanos intensifiquen el intercambio de ideas con los *minoristas* cubanos, sobre los que, después de examinar en detalle la personalidad y obra de algunos, dice, del *Grupo*:

Hoy que he estado cerca de la juventud literaria de Cuba, me he podido dar cuenta de su valer y de su pujanza. Llega con aquilinos bríos, iconoclasta, radical, pero veneradora de los valores puros y de los espíritus que sin simulación han sabido imprimir una huella en la conciencia colectiva.

Juan de Dios Bojórquez, uno de los intelectuales mexicanos más identificados con el espíritu de la gran obra revolucionaria realizada en México en su época; novelista y diplomático, que representó entre nosotros a su patria durante su estancia en La Habana y convivió a diario con el *Grupo*, dió en México, en 1927, una conferencia sobre *Los Minoristas de Cuba*, explicando a sus compatriotas quiénes eran los *minoristas*, qué hacían y qué representaban cultural y socialmente en Cuba. Sólo citaré frases sueltas de ese trabajo.

Los minoristas — expresa — son los intelectuales cubanos más selectos... forman un grupo de escritores, artistas y periodistas, en que hay afinidad de espíritus y de tendencias... individualmente cada uno representa algo en el mundo de las letras, del arte o de la política... el *Grupo Minorista* de Cuba es sinceramente latinoamericanista, enemigo de todas las tiranías...

José Vasconcelos, el ilustre pensador y educador mexicano, dedicó en 1927, y en las páginas del *Repertorio Americano*, del benemérito García Monje, un artículo a la *minoría*, calificándola de *minoría luminosa*, adhiriéndose al manifiesto por ella lanzado, protestando de las persecuciones sufridas por algunos de sus miembros, e incitándolos a todos a seguir luchando con los grupos similares de Nuestra América, en pro de los comunes ideales de libertad y dignificación. Refiriéndose expresamente al *minorismo cubano*, expresó que

el *Grupo* representa todo el corazón generoso de Cuba... los mejores jóvenes cubanos, los más inteligentes, los más puros, los más patriotas, la esperanza de Cuba.

Cuando en 1927 lanzó el *Grupo* el manifiesto exponiendo su ideología y ratificando la identificación y solidaridad espiritual existente entre sus miembros, fueron numerosas las adhesiones que el *Grupo* recibió a sus postulados de los más representativos intelectuales de Nuestra América: Vasconcelos, Gabriela Mistral, José Carlos Mariátegui, Manuel Ugarte, Alfredo L. Palacios, César Arroyo y otros muchos, adhesiones que se convirtieron en cálida defensa cuando el *Grupo* sufrió persecuciones de carácter político. Alzaron entonces públicamente su

voz, figuras tan valiosas y representativas, además de las ya expresadas, como las de García Monje, Guillermo Jiménez, Jaime Torres Bodet, Diego Rivera, Rafael Heliodoro Valle, Enrique González Rojo, Xavier Villaurrutia, Bernardo Ortiz de Montellano, Daniel Cossío Villegas, Salvador Novo y un centenar más de escritores y artistas de casi todos los pueblos de Nuestra América.

Adhesiones análogas brotaron entonces en favor de los *minoristas* e identificación con su ideología y su obra, por parte de los más prestigiosos intelectuales españoles, con Luis Araquistain a la cabeza.

Luis Araquistain, el ilustre escritor español, en su excelente libro *La agonía antillana*, libro de viajero estudioso y comprensivo, en el que ofrece interesantísimas sugerencias y aprovechables enseñanzas sobre la situación político-social de Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba, es el intelectual de habla y origen español que más cumplida y cálida exaltación hizo del *Grupo Minorista*. El capítulo XI de esa obra, intitulado *La Cuba de hoy y de mañana* está casi por completo dedicado a ponderar la significación y trascendencia del *Grupo*, en los momentos — 1927 — en que él visitó nuestra patria.

Dice, en síntesis, lo siguiente:

Ya se destaca en Cuba una generación — los nietos ideales de los libertadores — que ha nacido y crece con nuevo espíritu social y con una nueva conciencia histórica, inquieta de deberes y responsabilidades para la nación en peligro. El núcleo más definido de esa juventud intelectual y moralmente tan alerta es el llamado *Grupo Minorista*, asociación libre, de hombres de buena voluntad y severa conducta, no reglamentados por ningún estatuto ni presididos o capitaneados por ningún jefe al uso, sin otro nexo que una espiritualidad común y una reunión semanal en forma de almuerzo fraterno, como en los antiguos cenáculos.

Pasa, después, a detallar la característica personal y la obra de casi todos los *minoristas*, su valer intelectual y cívico, los órganos periodísticos más efectivos con que el *Grupo* contaba, su conexión con otros grupos literarios de La Habana y varias ciudades de la República, haciendo resaltar por último, la pre-

sidencia espiritual que en el *Grupo* ejercía Enrique José Varona. Y agrega:

El órgano más representativo de este grupo es la espléndida revista *Social*, que, dirigida por Emilio Roig de Leuchsenring — tenacidad catalana, sistematización alemana, viveza cubana —, sabe conciliar las concesiones gráficas que exige un público muy devoto de la invención del daguerrotipo con una valerosa independencia política y literaria.

El temperamento más político de este grupo es Roig de Leuchsenring, una de las plumas más disconformes y viriles de la República. También desempeña la subdirección del semanario *Carteles*, de la misma empresa que *Social*. Por un fenómeno que se repite en todos los países de prensa diaria muy desarrollada industrialmente, estas revistas y algunas otras que mencionaré luego representan en Cuba el verdadero periodismo independiente. La gran prensa, obligada a contentar a una clientela heterogénea y espiritualmente antagónica — cubanos que aún sienten abierta la herida de la dominación española y españoles que se adaptan difícilmente a las nuevas condiciones políticas y sociales creadas por la independencia —, ha de hacer prodigiosos equilibrios para complacer a todos, lectores y anunciantes, y no disgustar a nadie, sobre todo al Gobierno.

Teóricamente, la libertad de la prensa es absoluta, no hay censura previa y las leyes son benignas con los delitos de imprenta. Pero en la práctica, ese es un derecho que pocos se atreven a ejercitar con plenitud. No escasean los riesgos. Si el escritor es extranjero, se expone a que le expulsen o a que le encierren en un presidio flotante. Si es nacional, el recuerdo de Armando André, un periodista asesinado en circunstancias misteriosas, a la puerta de su casa, sin que nunca se descubriera a los culpables, detiene su pluma. Hay excepciones. A veces algún periodista tiene el arrojo de enderezar su finura irónica y gracia epigramática contra las costumbres sociales y corruptelas políticas. Pero esta clase de escarceos en estilo indirecto contra los poderes públicos son también temerarios cuando su doble intención llega al intelecto del aludido, y no es raro que al incisivo escritor se le invite entonces, con buenos modos, a presentarse en algún encopetado despacho oficial y que allí le aconsejen, con buenos modos también, más o menos lo siguiente: "Oye, Fulano (el tuteo recíproco es casi general, no obstante ostensibles diferencias de edad o de jerarquía), oye, amigo, creo que un viajecito a Europa

o a los Estados Unidos te sentaría bien. Tómate unas vacaciones. Te las has ganado. Para que descanses de tu labor. No por otra cosa, ¿eh?" "Comprendido", dice o piensa el discolo, y allá va corriendo a su casa para hacer la maleta y tomar el primer vapor que salga con rumbo a un puerto europeo o a Nueva York.

Esta espada de Damocles que pende constantemente sobre la libertad del pensamiento ha acentuado el carácter apolítico de la prensa diaria, ya obligada a ello, en Cuba como en todas partes, por su condición de gran industria, sujeta a la férrea ley del anuncio.

Pero, en general, los periódicos prefieren abstenerse de toda opinión insumisa o convertirse en botafumeiros de la omnipotente deidad política, inexorable como un dios antiguo con los heresiarcas. *El Mundo*, periódico típico de empresa capitalista — copiosa información española, grata a la "colonia", y alguna que otra colaboración extranjera que a nada compromete — es perfecto en su género: una complicada y fructífera fábrica de anuncios. *El País*, aunque escrito por algunas plumas ágiles y personales, no cumple fundamentalmente sino con la misión para que fué fundado: defender el monopolio del Mercado de La Habana, concedido a su propietario. *Heraldo de Cuba*, en ya lejanos tiempos un buen periódico político, cuando lo inspiraba el ex-italiano Orestes Ferrara, arrastra hoy una triste decadencia. *El Diario Español*, dirigido por Adelardo Novo, un inadaptado recalitrante, amable ogro que desde la hospitalaria cueva de su imprenta se permite el lujo suicida de no lisonjear a los menudos prohombres de la "colonia", no tiene más lectores que los españoles que conservan alguna independencia mental y política, es decir, una reducidísima minoría. *La Prensa* es un buen diario informativo de la noche. Los demás — no sé si olvido alguno digno de mención honorable — son lo que en el *argot* del periodismo español se dice *sapos*, oscuros órganos de libelo y *chantaje*. La prensa diaria más independiente hay que buscarla en provincias. *El Diario de Cuba*, de Santiago, dirigido por la pluma tajante y osada de Eduardo Abril Amores; *La Correspondencia* y *El Comercio*, de Cienfuegos, y *El Camagüeyano*, de Camagüey, son algunos de los más notables. Después de esta rápida ojeada a la prensa diaria de Cuba y a las restricciones que sufre, fuera de la ley, resaltará más el valor civil de escritores como Emilio Roig, cuya pluma podría ostentar este emblema: sin tacha y sin miedo.

En el *Grupo Minorista* predominan, sin embargo, los temperamentos específicamente literarios, aunque no faltan

los que de un modo u otro se apasionan también por la política nacional e internacional. Uno de los más proteicos y dinámicos es José Antonio Fernández de Castro, historiador, periodista, crítico de literatura y arte, rebuscador infatigable de antigüedades y novedades, paladín de toda revolución (rusa, mexicana o china), protestante contra toda injusticia (sean nicaragüenses o estudiantes y obreros cubanos las víctimas), siempre cargado de libros y periódicos, siempre de prisa, siempre risueño, siempre entusiasta, muy metódico y muy bohemio, muy cubano y muy universal. Ha publicado, con Félix Lizaso — temperamento opuesto, retraído, silencioso —, *La poesía moderna en Cuba*, una antología ejemplar, bien seleccionada, con excelentes notas críticas; *Medio siglo de historia colonial de Cuba* (colección de cartas a José Antonio Saco) y *Nada más que un hombre*, ensayo biográfico sobre el doctor Antigua, una de las personalidades más novelescas y sugestivas que ha producido América. Y ha conocido (en 1927) el honor de la cárcel, en compañía de otros escritores, cubanos y extranjeros, encerrados con el pretexto de un falso complot comunista, pero en realidad para favorecer, con ese conato de política de terror, la aprobación de la ley que prorrogaba casi todos los poderes públicos del país. Ley que en otras circunstancias hubiera provocado una revolución, porque contravenía los límites taxativos de los mandatos populares y porque — fuera de los beneficiados — la mayoría de la nación desaprobaría esa reforma; pero ahora, ante el fantasma de una nueva intervención armada de los norteamericanos, todo el mundo sabe que sería inútil levantarse contra un Gobierno, por tiránico que fuera, si cuenta con la aquiescencia de Washington.

A los Estados Unidos les convenía esa prórroga, como cualquier otra que redujera el número de elecciones, que suelen ser fuentes de inquietud para los guardianes de la Enmienda Platt, y probablemente uno de los motivos — entre otros — del viaje del presidente Machado a la República del Norte en 1927 fué lograr ese beneplácito. A los norteamericanos, muy demócratas en su tierra, les contrarían las turbulentas prácticas del sufragio en los países de las Antillas y Centroamérica, que explota su capitalismo. Su ideal sería un régimen de larga duración, como el porfiriano en México, para que los negocios no se vean interrumpidos o perturbados, aunque todas las libertades públicas desaparecieran. ¿Qué importa una tiranía, si mantiene el orden y fomenta la prosperidad de los señores extranjeros? Una presidencia vitalicia y acaso hereditaria

— trasmutada así en monarquía de sucesión — sería para los príncipes republicanos de Wall Street el sistema político perfecto en los pueblos de la América Central que los Estados Unidos no pueden o no quieren — para ahorrarse los gastos de colonización — anexionarlos francamente. Pero todo se andará con el tiempo.

Un poco distantes de la política consuetudinaria, no tanto por no sentirla como por sentirla demasiado, por no querer contaminarse con sus impurezas, otros minoristas consagran lo mejor de su espíritu a la crítica y al arte, a la formación de una nueva sensibilidad estética en Cuba, que es también un modo de hacer política en el sentido más elevado de esta palabra. Entre los hombres verdaderamente autorizados de este sector, por su cultura, por la maestría de su inteligencia y su lenguaje, por el sentimiento de responsabilidad histórica que informa su fecunda labor, está el admirable ensayista Jorge Mañach, uno de los caracteres más nobles y una de las prosas más ricas de Cuba contemporánea. Dentro de la flotilla de fuerzas renovadoras que se dirigen al mismo puerto, este subgrupo navega en la revista que con el título de *1927* apareció ese año y que irá cambiando de rótulo con las sucesivas anualidades. En esta fracción sobresale también Juan Marinello, uno de los poetas más íntimos y personales — sobriamente complejo de emoción y de expresión — de la novísima lírica cubana. A la misma generación aproximadamente que Marinello — la nacida a fines del siglo XIX — pertenecen otros dos temperamentos líricos originales: José Z. Tallet, de heiniano humor agridulce, y Rubén Martínez Villena, alado y trascendente, al modo de Shelley, y una de las cabezas políticas mejor organizadas de la juventud cubana. Pocos conocen los problemas económicos de Cuba como él.

Pero Martínez Villena es demasiado político para enrolarse a bordo del airoso bergantín estético que preside Jorge Mañach o de las fastuosas fragatas político-mundanas que capitanea con hábil ponderación Roig de Leuchsenring. Hay otro subgrupo de jóvenes que anima Martínez Villena, el cual publica de vez en cuando un periódico revolucionario, y, sobre todo, antimperialista, generalmente de corta existencia. En 1927 fundaron *América Libre*, heredera de *Venezuela Libre*, látigo de tiranos y del imperialismo capitalista. Flores de un día — o de un año —, estas publicaciones juveniles, muy influenciadas por el comunismo ruso y por la revolución mexicana, levantan su pabellón rojo entre los exponentes más altos de la dignidad de América. Soñando y trabajando por la libertad del Continente,

esta generación ultraradical caldea la fragua de la nueva libertad de Cuba.

Un poco a retaguardia viene una corbeta de amplio y apacible porte: la revista mensual *Cuba Contemporánea*, que dirige Mario Guiral Moreno; núcleo ya algo veterano que incorpora un matiz más equilibrado, tal vez más científico que el minorista, pero no antagonismo espiritual; al contrario, hay entre ambos grupos una buena armonía de compañeros casi coetáneos; los hombres más representativos de esta dotación son un poco más maduros que los minoristas, quizás un poco menos entusiastas, oscilando entre la vieja guardia de la independencia y las nuevas generaciones; pero no carecen de elevación moral e idealismo político, y si no están demasiado cerca de las realidades imperantes, tampoco están demasiado lejos de las ideas nacientes. En *Cuba Contemporánea* se han publicado muchos estudios competentes y sagaces sobre problemas cubanos. A esta zona pertenece, aunque también copartícipe de la minorista, Carlos Loveira, antiguo líder obrero y uno de los pocos novelistas, dignos de este nombre, que hasta ahora ha dado Cuba. Como en los otros países de América, la creación literaria de esta gran Antilla se ha concentrado casi exclusivamente en la poesía lírica. Dijérase que el teatro, la novela y el ensayo son frutos de mayor madurez social. Pero ya hay ensayistas cubanos y empiezan a haber novelistas. Loveira es un buen roturador en ese género. Luis Felipe Rodríguez ha escrito también algunas novelas dignas de atención por el ambiente rural cubano que describen. No olvido, claro es, al novelista Alberto Insúa, cubano de nacimiento; pero por haber residido casi toda su vida en Europa y por su formación estética, su ciudadanía literaria es más bien española.

Avanza, en fin, el último de todos en el tiempo, a la zaga de la flotilla, un buque-escuela de voluminoso desplazamiento y bandera neutral: la Institución Hispanocubana de Cultura. El alma de este organismo es Fernando Ortiz, notable penalista y autor de una nutrida serie de libros que, con el título general de *Hampa afro cubana*, ha escrito sobre las costumbres, supersticiones y prácticas viciosas o delinquentes de los negros en Cuba. Pocos han contribuido como Fernando Ortiz, ni dentro ni fuera de su patria, al estudio de la sociografía negra, especialmente en sus tendencias a lo patológico social. Y pocos han visto con tanta claridad, y han trabajado con tanto tesón para divulgarlo, el problema básico de Cuba. A juicio de Fernando Ortiz, la necesidad más urgente del pueblo cubano

es la creación de una alta cultura, bastante descuidada por la Universidad y el resto de los centros oficiales de enseñanza. Salvo contadas excepciones, el profesorado público era, como las demás dependencias del Estado, un vivero del favoritismo oficial. Había que crear instituciones independientes, capaces de suplir los defectos de la Universidad y de poner en contacto a la juventud cubana con la cultura del mundo. Era un problema semejante al que se planteó en España a principios de este siglo y que se comenzó a resolver con la fundación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.

A ese fin responde el establecimiento de la Institución Hispanocubana: inicialmente a saturar de cultura moderna la atmósfera intelectual de Cuba. Se llama hispanocubana porque el profesorado español ha sido el primero con quien se ha contado para esa obra, por estar ya en condiciones — por lo menos en parte — de ejercer ese superior magisterio y porque la lengua común facilita la tarea; pero también porque algunos españoles ejemplares de Cuba — como el muy inteligente e ilustrado José Fernández Rodríguez, en quien la profesión comercial no ha podido destruir, como en tantos otros, un espíritu singularmente sensible y generoso — pusieron los cimientos materiales de la Institución. Hoy ya la Hispanocubana de Cultura, con miles de asociados, puede sostenerse con medios propios. Es, en sustancia, una gran sociedad de conferencias para la divulgación del saber contemporáneo. Sin embargo, con el tiempo es probable que piense también en formar especialistas, investigadores, creadores y técnicos. Señaladamente en disciplinas económicas, de que tanto necesita Cuba, como toda América. Sin técnicos propios de la industria y el comercio modernos, la economía de un país — es decir, la independencia — estará a merced de los pueblos más ricos, pero sobre todo más cultos. La visión de Fernando Ortiz del problema capital de Cuba era honda y exacta. No basta conquistar la nacionalidad con el brazo y alentarla con el corazón, si no se la cimenta y consolida en el cerebro. El machete fué necesario; pero ahora es necesaria la ciencia.

El ejemplo de estas coagulaciones sociales, centralizadas en La Habana, ha refluído en provincias, donde también aparecen núcleos afines a los mencionados, de análoga sensibilidad intelectual y política. La Institución Hispanocubana de Cultura tiene ya filiales en varias poblaciones del interior de la Isla. En Manzanillo, provincia de Oriente, existe un grupo literario que es como un trasunto del

Minorista de La Habana. Publica una revista, *Orto*, y junto a un poeta sencillo y familiar como Miguel Galliano Cancio ha producido un fino humorista — rara flor en la literatura cubana — como Navarro Luna, autor, con el seudónimo de “Mongo Paneque”, de unas *Siluetas aldeanas* locales, trazadas en la venta retozona de un Plutarquillo burlón. En Santiago de Cuba, donde ha fijado su residencia, el eminente crítico dominicano Max Henríquez Ureña — vinculado desde hace años a la nacionalidad cubana — encarna y difunde por toda la región de Oriente ese espíritu nuevo de dignidad mental y cívica que se está organizando libremente por todo el país; el renacimiento intelectual de Cuba tiene contraída una gran deuda con este gran maestro de literatura. En Matanzas, el movimiento cultural se polariza principalmente en torno de Fernando Llés, autor de *La sombra de Heráclito*, *La escudilla de Diógenes* y *La Higuera de Timón*, valiosos ensayos de filosofía moral, que revelan una afición bien cultivada a ciertas corrientes del pensamiento helénico y tal vez a la ideología aristocrática y la forma aforística de Nietzsche; pero su aristocratismo mental y su depurado cinismo filosófico no le impiden ser uno de los hombres más llanos, bondadosos y austeros de Cuba. Antes de filosofar — con elevación y nervio poco comunes en lengua española —, se gana heroicamente su humilde y pulcra vida trabajando en una compañía de seguros, más estoico que cínico.

Todo este conjunto de esfuerzos dispersos, pero semejantes, que elaboran un nuevo resurgimiento de Cuba, está presidido por uno de esos patriarcas que los pueblos designan, por sufragio tácito, como sus mentores y guías en los momentos de las grandes crisis nacionales: Enrique José Varona. Filósofo de vasta información y de criterio muy personal; político que pertenece al rarísimo linaje de los que no confunden, en el gobierno, el bien público con el medro privado (ha sido vicepresidente de la República y ministro de Instrucción); crítico tan vigilante que con frecuencia ha señalado y juzgado el primero en lengua española muchos valores universales del pensamiento y la literatura, luego famosos, cuando apenas comenzaban a definirse en sus idiomas respectivos; escritor de elegante y denso estilo; ex-profesor de aquellos para quienes la cátedra no ha sido, como para tantos otros, un premio de reposo a otras fatigas — generalmente de lisonja a los poderosos —, sino dura obra de creación sobre la blanda arcilla de la juventud, Enrique José Varona simboliza hoy

el pasado más limpio de Cuba, su presente más enérgico, su porvenir más esperanzado. Casi octogenario, pocos cubanos alcanzan a ser espiritualmente tan jóvenes como él en la curiosidad de la inteligencia, en el sentimiento de lo justo, en la inquietud por la patria. Si hay que condenar un atropello policiaco, o una indelicadeza de los norteamericanos (como una declaración insolente de un banquero de Nueva York cuando la visita del presidente Machado a los Estados Unidos en 1927), o las brutalidades yanquis en Nicaragua, allí está Varona el primero para firmar la protesta. Los Gobiernos despóticos e imperialistas le temen y la nueva Cuba le adorã. Le inmuniza su prestigio venerable, fundado en una vida inmaculada, en una mente libérrima, en una conciencia incorruptible, en un corazón siempre abierto al dolor y la injusticia. En una nación mejor organizada, este presidente por derecho propio lo sería también de hecho; pero si no puede ser el artífice oficial de sus destinos, hoy es el juez más temible de sus errores y torpezas. Maestro en tantas disciplinas específicas, su carácter es la mejor enseñanza. Pertenece a la estirpe de los escultores de almas y arquitectos de pueblos.

El día que fui a verle a su casita del Vedado, recoleta pero hospitalaria para todo peregrino curioso de su aureola o necesitado de su consejo o ayuda, su menuda figura alba, su llaneza socrática y sin embargo subyugante y su simpatía por la juventud creadora — me habló con mucho conocimiento de algunos escritores de las últimas generaciones españolas y se mostró vivamente deseoso de leer el libro de Salvador Madariaga, *Shelley and Calderón*, que alguien mencionó en el curso de la charla — me recordaron la única vez que vi a otro hombre con quien la personalidad de Varona guarda no escaso parentesco: nuestro Francisco Giner de los Ríos.

Enrique José Varona es el sucesor más legítimo de Martí. En torno de estos dos nombres va despertando y articulándose una nueva Cuba, una Cuba que acaso quiera reanudar su historia en el punto de su alianza, a la vez venturosa y fatal, con el coloso del Norte, para volver a forjar su independencia, pero ahora integralmente, sin Enmiendas extranjeras ni pulpos azucareros que sorban la sangre de la nación. Esta es la Cuba de hoy y de mañana, de un mañana quizá no lejano y quizá no pacífico. Porque quién sabe si una sentencia que escribí antes: el machete fué necesario, pero ahora es necesaria la ciencia,

habrá que completarla de este modo: la ciencia es necesaria, pero acaso no haya dejado de serlo el machete.

Y para que se vea hasta dónde alcanzaba la consideración y el aprecio singularísimos que le merecía el *Grupo Minorista*, en el prólogo de su libro reproduce párrafos de una carta que me escribió con motivo de una extemporánea nota con que el Embajador de Cuba en Madrid contestó a un trabajo sobre Cuba, de Araquistain, que yo defendí, refutando, lo que el representante del Gobierno de Cuba mantenía; párrafos en que declara que

Yo sé que hay muchas Cubas, como hay muchas Españas, y así como a mí no me duele que ustedes combatan la España que los buenos españoles también combatimos, estoy seguro de que ustedes tampoco se ofenderán de que yo, desde esta orilla, esté en desacuerdo con la Cuba que ustedes repudian: la Cuba explotada por los *trusts* yanquis y aherrojada por la Enmienda Platt. Si ha de ser posible alguna forma de hispanoamericanismo, tendrá que fundarse en la crítica mutua de lo peor de nuestras nacionalidades y en ideales comunes de libertad y dignidad para nuestras respectivas patrias. La otra Cuba, la Cuba que, como el avestruz, mete la cabeza bajo el ala para no ver una realidad desagradable y, cuando la saca, sólo es para picotear a los que, por sincero afecto como yo, la previenen contra los riesgos que la rodean; esa Cuba no me importa nada. Sólo el buen juicio de ustedes, los nuevos libertadores de Cuba, me interesa.

Gregorio Marañón, otro español insigne, al regresar a España, a fines de 1927, después de breve estancia en Cuba, refiriéndose al *Grupo*, declaró:

Guardo un recuerdo especialmente grato de los *minoristas*, a cuya compañía me empujaba el recuerdo de sus lecturas, el prestigio, ya nuestro, de casi todos sus nombres, y sobre todo mi inclinación natural... Ya los conocía desde España. A casi todos les debía gratitud desde antes de llegar. Ahora los motivos de esta gratitud se han multiplicado tan a la vista de todos, que me excusan de hablar de ellos.

Luis Jiménez de Asúa, el esclarecido jurista y profesor, cuando en 1926 fué perseguido y confinado por su cívica actitud frente a la dictadura de su patria, contra lo cual protestó enérgicamente el *Grupo*, al darle a éste las gracias por su defensa, se expresó así:

El *Grupo Minorista* de intelectuales cubanos y los redactores de la revista *Social*, uno de los exponentes más altos de la cultura y de la gracia de la Isla, no sólo tuvieron para mí atenciones y deferencias superlativas, sino que en las horas de persuasión, su voz me llegó a través de los mares dándome bríos y auxilios. A su ademán de enérgica protesta, al acento de censura con que América, y Cuba muy especialmente subrayó mi confinamiento, debo la libertad que entonces me fué otorgada. Vayan hasta ellos, mis amigos de *Social*, mis gracias más sinceras.

Fernando de los Ríos, el sabio profesor granadino dijo, después de conocer nuestra República y confraternizar con el *Grupo*:

He ahí la raíz de mi honda esperanza en la Cuba de hoy; se basa mi optimismo, pues, en que la juventud de la Isla ha iniciado con severa serenidad el estudio de los problemas vitales de su tierra, sin que la detenga el dolor que con ello ocasiona, el que se causa a sí misma, ni la hosca incomprensión de quienes siempre encuentran ocasión propicia para tocar a rebato y reclamar contra la inteligencia crítica el uso de jaurías... Esas juventudes exaltadoras de lo que llamaba el Dante "Cumana Civilta", son las que ponen hoy en la proa del velero de la historia cubana, la antorcha que ilumina.

El escritor francés, Adolphe Falgairolles, en un artículo que en 1928 publicó en la *Gaceta Literaria*, de Madrid, dedicado a *Los Minoristas Cubanos*, afirma, relatando sus impresiones de Cuba:

Estas reuniones de *minoristas* son un baño refrescante, en el que las discusiones de los verdaderos valores literarios ocupan constantemente.

Y refiriéndose a la labor realizada por el *Grupo*, dice:



nunca ponderaremos bastante el beneficio de la obra emprendida.

Y agrega:

Estos jóvenes son antimperialistas, lo que no tiene nada de sorprendente entre coloniales libertados. La actitud antimperialista de los *minoristas* cubanos es la salvaguardia de la integridad de las Repúblicas hispanoamericanas.

A todas esas expresiones y elocuentes manifestaciones de la acogida, repercusión y comprensión que tuvo fuera de Cuba la obra realizada por el *Grupo Minorista*, quiero sumar aquí la identificación que para el *Grupo* tuvieron prestigiosas figuras cubanas intelectuales, residentes en el extranjero, según expresó certeramente Alfonso Hernández Catá en un artículo publicado en *El Sol*, de Madrid, con el título *Los Minoristas de La Habana*:

A este *grupo* pertenecemos, afiliados en forma expresa o no, los trabajadores del espíritu destacados por la República para representarla en el extranjero... cuantos en Cuba nos interesamos por las artes y tenemos el alma joven;

así como la solidaridad, que con los *minoristas* unía a escritores cubanos de la anterior generación. Tal declaró, en carta a mí dirigida en 1927, pidiendo firmar el manifiesto del *Grupo*, Max Henríquez Ureña, porque, decía, al *Grupo*

nos hemos sumado, ya he dicho que por simpatías ideológicas y por afinidades combativas, algunos de los que pertenecemos a la izquierda de la generación precedente.

Fijada ya en rápida visión, pero claramente, la ideología del *Grupo Minorista*, determinó la obra, fecunda y múltiple, que realizó en nuestra patria durante los cinco años de existencia, y expuesta la acogida y repercusión que aquella tuvo en América y España, sólo me resta ya explicar los motivos de la disolución y muerte del *minorismo*.

¿Por qué dejó de existir el *Grupo Minorista*?

Porque se rompió esa unión, confraternidad e identificación,

para una obra común revolucionaria de depuración y renovación político-social, literaria y artística, que motivó su formación, constituyó su esencia y su razón de ser, inspiró sus labores y mantuvo entre todos sus miembros estrechos lazos de solidaridad espiritual, como intelectuales y artistas, pero más aún como ciudadanos y hombres.

Por un lado la dura realidad de la lucha por la vida cotidiana los fué apartando poco a poco de aquella obra a la que ya no podrían consagrarse con la misma cálida y permanente dedicación que antes, porque la vida habría echado sobre sus hombros nueva y grave carga — hogar, familia — responsabilidades que no sólo significaban inversión de tiempo, sino también la necesidad de marchar ahora alerta la mirada y seguro el paso, por el presente y el futuro de los que les rodeaban.

Por otro lado, el escenario y el ambiente en que el *Grupo* se desenvolvió y actuó sufrieron tal transformación que dificultaban gravemente y hasta imposibilitaban seguir realizando en la forma y con los factores hasta entonces utilizados, la obra de renovación y depuración, en su aspecto político-social, que los *minoristas* habían llevado a cabo.

Aquéllas y éstas fueron las causas de la disolución y muerte del *minorismo*. No creo necesario entrar en mayores detalles y explicaciones.

Por los recuerdos gratisimos e inolvidables que esos cinco años de camaradería, seguramente, como para nosotros, representan en la vida de cada uno de esos compañeros y amigos *minoristas*, y porque todos tenemos plena conciencia de que nuestra obra fué útil y fecunda a nuestra patria y, ¿por qué no decirlo?, hasta a la América Nuestra; por todo ello, repito, tristeza, profunda tristeza, sentí cuando tuve que confesar que el *Grupo Minorista*, ya no podía existir.

Y es ello bien doloroso, porque, más que nunca, en aquellos momentos era necesario seguir realizando en Cuba la obra que el *Grupo* realizó.

Aunque, como para España declaró Marañón:

Ya no se puede ser liberal sólo, y casi puede decirse lo mismo de ser republicano

en Cuba tampoco bastaba ya con ser sólo *minorista*.



Ha sido necesario ser revolucionario contra politiqueros y desgobernantes y ser también antimperialistas contra la absorción y explotación de nuestra patria y las patrias hermanas de Hispanoamérica, contra la absorción y explotación de los Estados Unidos, mantenedores, siempre de las dictaduras y tiranías en todos los continentes.



INDICE

	Págs.
I.—Nacimiento. Ideología. Obra	7
II.—Su actuación. Acogida y repercusión que tuvo su obra en Cuba y en el extranjero. Causas de su disolución ..	21



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

SECCIONES

Archivo Histórico Municipal.

Libros de Actas Capitulares desde 1550.

Biblioteca Histórica Cubana y Americana "Francisco González del Valle".

200,000 volúmenes, propiedad de los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales; legados, donativos y otras aportaciones.

Museo Municipal de la Ciudad de La Habana.

*(ABIERTOS AL PUBLICO DE 8.30 A.M. A 12.30 P.M.
Y DE 3.00 P.M. A 6.00 P.M.)*

Publicaciones.

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana.

Cuadernos de Historia Habanera.

Colección Histórica Cubana y Americana.

Homenajes a Próceres Cubanos.

Homenajes a Próceres Hispanoamericanos.

PLAZA DE LA CATEDRAL
LA HABANA

ROGER A. QUERALT
ARTES GRAFICAS
25 No. 228 VEDADO

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA